



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Nathaniel Hawthorne • Edmundo Paz • Erika J. Rivera • J. M. Machado • Juan Arabia • Vilma Tapia
Jesús Urzagasti • Juan Cobo • Víctor H. Viscarra • Edith Södergran • Raúl Rivadeneira • Porfirio Díaz • Gustavo Medeiros

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIV n° 641 Oruro, domingo 17 de diciembre de 2017





Sin título
Acuarela 70 x 40
Erasmio Zarzuela

El testamento

Un hombre rico deja en su testamento su casa a una pareja pobre.
Esta se muda ahí; encuentran un sirviente sombrío que el testamento les prohíbe expulsar.
Este los atormenta: se descubre, al fin, que es el hombre que les ha legado la casa.

Nathaniel Hawthorne.
Novelista norteamericano, 1804 - 1864.

La puerta cerrada



Acabamos de enterrar a papá. Fue una ceremonia majestuosa; bajo un cielo azul salpicado de hilos de plata, en la cálida tarde de este verano agobiador. El cura ofició una misa conmovedora frente al lujoso ataúd de caoba y, mientras nos refrescaba a todos con agua bendita, nos convenció una vez más de que la verdadera vida recién comienza después de esta. Personalidades del lugar dejaron guirnaldas de flores frescas a los pies del ataúd y, secándose el rostro con pañuelos perfumados, pronunciaron aburridos discursos, destacando lo bueno y desprendido que había sido papá con los vecinos, el ejemplo de amor y abnegación que había sido para su esposa y sus hijos, las incontables cosas que había hecho por el desarrollo del pueblo. Una banda tocó "La media vuelta", el bolero favorito de papá: "Te vas porque yo quiero que te vayas, / a la hora que yo quiera te detengo, / yo sé que mi cariño te hace falta, / porque quieras o no yo soy tu dueño". Mamá lloraba, los hermanos de papá lloraban. Sólo mi hermana no lloraba. Tenía un jazmín en la mano y lo oía con aire ausente. Con su vestido negro de una pieza y la larga cabellera castaña recogida en un moño, era la soledad encarnada.

Pero ayer por la mañana María tenía un aspecto muy diferente.

Yo la vi, por la puerta entreabierta de su cuarto, empujar el cuchillo para destazar cerdos con la mano que ahora oprime un jazmín, e incrustarlo con saña en el estómago de papá, una y otra vez, hasta que sus entrañas comenzaron a salirse y él se desplomó al suelo. Luego, María dio unos pasos como sonámbula, se dirigió a tlemtas a la cama, se echó en ella, todavía con el cuchillo en la mano, lloró como lo hacen los niños, con tanta angustia y desesperación que uno cree que acaban de ver un fantasma. Esa fue la única vez que la he visto llorar. Me acerqué a ella y la consolé diciéndole que no se preocupara, que estaría allí para protegerla. Le quité el cuchillo y fui a tirarlo al río.

María mató a papá porque él jamás respetó la puerta cerrada. Él ingresaba al cuarto de ella cuando mamá iba al mercado por la mañana, o a veces, en las tardes, cuando mamá iba a visitar a unas amigas, o, en las noches, después de asegurarse de que mamá estaba profundamente dormida. Desde mi cuarto, yo los oía. Oía que ella le decía que la puerta de su cuarto estaba cerrada para él, que le pesaba si él continuaba sin respetar esa decisión. Así sucedió lo que sucedió. María, poco a poco, se fue armando de valor, hasta que, un día, el cuchillo para destazar cerdos se convirtió en la única opción.

Este es un pueblo chico, y aquí todo, tarde o temprano, se sabe. Acaso todos, en el cementerio, ya sabían lo que yo sé, pero acaso, por esas formas extrañas pero obligadas que tenemos de comportarnos en sociedad, debían actuar como si no lo supieran. Acaso mamá, mientras lloraba, se sentía al fin liberada de un peso enorme, y los personajes importantes, mientras elogiaban al hombre que fue mi padre, se sentían aliviados de tenerlo al fin a un metro bajo tierra, y el cura, mientras prometía el cielo, pensaba en el infierno para esa frágil carne en el ataúd de caoba.

Acaso todos los habitantes del pueblo sepan lo que yo sé, o más, o menos. Acaso. Pero no podré saberlo con seguridad mientras no hablen. Y lo más probable es que lo hagan sólo después de que a algún borracho se le ocurra abrir la boca. Alguien será el primero en hablar, pero ése no será yo, porque no quiero revelar lo que sé. No quiero que María, de regreso a casa con mamá y conmigo, mordiendo el jazmín y con la frente húmeda por el calor de este verano que no nos da sosiego, decida, como lo hizo antes con papá, cerrarme la puerta de su cuarto.

Edmundo Paz Soldán. Cochabamba, 1967.
Escritor y narrador.



el duende
director: luis urquileta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfa. 6278816-6288500
elduende@zofro.com
lurquileta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

El pensamiento liberal-democrático en las ciencias sociales bolivianas

Erika J. Rivera

Primera de dos partes

Poco a poco y aproximadamente a partir de 1982 (la restauración de la democracia en Bolivia) se ha producido una considerable transformación en el ámbito de las ciencias sociales. En primer lugar se puede señalar la declinación de ideologías y teoremas explicativos asociados al telurismo, a la "mística de la tierra" (la expresión es de Guillermo Francovich) y al intuicionismo. En segundo lugar hay que indicar que los enfoques nacionalistas han perdido peso en el campo académico, aunque han conservado cierta relevancia en la opinión pública. Se puede decir, además, que las grandes doctrinas socialistas e indianistas siguen vigentes, pero ahora tienen que compartir el espacio intelectual —por ejemplo en el ámbito universitario— con las concepciones del racionalismo liberal y pluralista.

El pensamiento liberal-democrático se pudo expandir en el periodo mencionado a causa de la pérdida de prestigio de las grandes concepciones de filosofía de la historia y del progreso permanente, como sucedió con las concepciones Hegel, Comte y Marx. Hay que recordar también la declinación de los modelos socialistas después de 1989, que trajo consigo la decadencia de las ideas socialistas y de los partidos comunistas y en Bolivia el descalabro del entonces poderoso movimiento sindical. Asimismo hay que recordar el creciente prestigio de pensadores como Jürgen Habermas, Karl P. Popper, Giovanni Sartori y muchos otros, que han contribuido, aunque sea indirectamente, a una renovada importancia de las ciencias sociales en el ambiente boliviano.

En nuestro país los pensadores de la nueva tendencia liberal-democrática se distinguen de los intelectuales de épocas anteriores por una mejor formación universitaria, realizada generalmente en universidades del exterior; por una visión más amplia del mundo; por una red de contactos muy extensa de carácter internacional; por una inclinación mayor al pluralismo cultural e ideológico, a la tolerancia política y a una visión pragmática de las actividades políticas; y finalmente por una actividad centrada en aspectos académicos y una cierta distancia hacia las prácticas políticas de militancia dogmática. No podemos ingresar detalladamente al inmenso campo de las ciencias sociales contemporáneas, pero debemos mencionar los aportes que enriquecen el liberalismo democrático, como los realizados por Jorge Lazarte desde la sociología, Roberto Laserna desde la economía y Fernando Molina desde la historia de las ideas.

El libro más original de Jorge Lazarte (*Entre dos mundos*, La Paz 2000) está basado en encuestas de opinión pública, que en su tiempo pretendían brindar luces más o menos seguras sobre la "relación ambigua" de los ciudadanos bolivianos con la democracia y, por consiguiente, sobre la mentalidad colectiva de la nación. El núcleo de la teoría de Lazarte afirma que la relación con la democracia es ambivalente. Sobre un fondo no democrático, formado largamente durante la colonia española, "se han superpuesto



demandas democráticas de superficie, que aún no se han convertido en nuevos códigos dominantes de comportamiento". Por lo expuesto: las mismas personas que apoyan a la democracia pueden realizar actos antidemocráticos o adherirse a una cultura política del autoritarismo sin darse cuenta de su incongruencia. Viven entre dos mundos. El caso más claro es la adhesión verbal a la democracia y en el mismo instante realizar acciones no democráticas como los bloqueos, que anulan el derecho a la libre locomoción. En palabras claras, Lazarte ha afirmado que "tenemos democracia sin democratas". Los democratas liberales, como Lazarte, apoyados por las encuestas de opinión pública, suponen la coexistencia de nuevas orientaciones democráticas junto a viejas orientaciones autoritarias, y por ello desarrollan una visión esencialmente pesimista de la historia latinoamericana. Este autor señala que en Bol-

ivia esta diferencia tiende a hacerse crónica, con lo que se consigue que la vida pública boliviana exhiba una marcada incongruencia entre la realidad autoritaria y los ideales democráticos. Esta incongruencia se da generalmente en una misma persona: la misma que aplaude y defiende la democracia, a veces con el riesgo de su vida, se inclina muy a menudo por un comportamiento intolerante con respecto al que piensa de manera diferente.

Para Fernando Molina, Lazarte es "el mayor exponente, entre nosotros, de la teoría de la democracia". Lazarte es calificado como el politólogo más relevante de la nueva tendencia liberal-democrática basada sobre todo en el Estado de derecho. Lazarte trata de vincular la tradición izquierdista de la cual él proviene con la moderna democracia pluralista, para lo cual ha acuñado el término "el encuentro de dos tradiciones".

El sentido común popular boliviano anti-elitista y anti-oligárquico se debería fundir con las instituciones y los procedimientos de la democracia moderna para alcanzar también en Bolivia una síntesis fructífera de los dos legados culturales. Lazarte es considerado por Molina como el mayor analista del movimiento obrero, sobre el cual habría elaborado "una descripción muy acabada y bien sustentada del papel del movimiento obrero de la historia contemporánea de Bolivia", obras que según Molina son más útiles que los clásicos análisis marxistas. Molina afirma que Lazarte, a causa de la "hondura de su análisis" y la "fuerza de su prosa mestiza", ha sido el principal exponente de una posición liberal-democrática izquierdista y, al mismo tiempo, abierta a las tradiciones modernas del trabajo académico en Europa. Según Molina, Lazarte sería el "Raymond Aron de Bolivia".

A partir de diferentes análisis sobre temas económicos, Roberto Laserna despliega una reflexión pesimista de la historia boliviana. Desde la fundación de la República en 1825, nos dice el autor mencionado (en su libro: *La trampa del rentismo*, La Paz 2006), hubo una "enconada resistencia al cambio social" fortalecida por una alianza entre hacendados, comerciantes y mineros. Estos diseñaron un Estado protector que distribuía las rentas mineras de acuerdo a las mayores o menores presiones políticas que el Estado recibía. Después de la Guerra del Chaco, Laserna constata una "creciente intervención estatal en la renta petrolera", intervención que estuvo siempre acompañada por una fuerte presión fiscal sobre la renta minera. Los agentes políticos trataron y tratan de controlar y manipular

las rentas petroleras y mineras para satisfacer a sus clientelas políticas. Estas presiones políticas sobre los ingresos estatales son vistas como "dispositivos de reciprocidad fuertemente arraigados entre la población".

Entonces esto significa que desde un comienzo la cultura política boliviana no fue liberal individualista, sino conservadora rentista, es decir una serie de corporaciones sociales, y no de individuos, han constituido desde siempre los principales agentes políticos. En este sentido una democracia liberal no puede desarrollarse adecuadamente porque una parte considerable de la población percibe como legítima la actuación de agentes que se repartían y reparten las rentas estatales de acuerdo a su poder político. La batalla redistributiva en torno a los ingresos es considerada como una relación de reciprocidad y, por lo tanto, como legítima entre el Estado y la población. Laserna explica que el rentismo corporativista tiene una larga trayectoria histórica y una base de legitimidad porque se identifica con las relaciones tradicionales de reciprocidad entre el Estado y la población, lo que es proclive a la corrupción y a la intransparencia e inhibe el trabajo autónomo individual.

Esta situación formada por la inclinación corporativista de los sectores sociales, la cultura política autoritaria, la falta crónica de institucionalización y la constante incertidumbre en torno a la gobernabilidad dan como resultado el *ch'enko* político, es decir un enredo estructural. Este último ha impedido la formación de una democracia moderna, institucionalizada y participativa. El enredo estructural tiende a perpetuarse a sí mismo, a lo que contribuye la economía informal del país. Laserna ha desarrollado esta teoría en su libro: *La democracia en el ch'enko*, La Paz 2004.

La contribución de Laserna debe ser considerada como un diagnóstico de la cultura y la historia bolivianas, que combina los datos empíricos con las concepciones generales sobre la relación entre individuo y Estado. Fernando Molina considera que Roberto Laserna ha elaborado una brillante síntesis de la mentalidad socio-económica boliviana con su obra *La trampa del rentismo*. Laserna habría develado uno de los rasgos centrales de la sociedad boliviana que sería la dependencia permanente y reiterativa con respecto a los recursos naturales no renovables. Lo negativo tematizado por Laserna residiría en creer que la única riqueza importante consiste en los recursos y no en el trabajo creador e innovador de los habitantes. Por todo lo expuesto: la riqueza es vista como la obtención de fondos utilizables por la hábil negociación de los recursos, descuidando otros tipos de creación de riqueza social como la innovación tecnológica.

Continuará



Cántiga de los esponsales

* J. M. Machado de Assis

Imagine la lectora que está en 1813, en la iglesia de Carmo, oyendo una de aquellas buenas fiestas antiguas, que eran la mayor diversión pública y lo mejor del arte musical. Sabe cómo es una misa cantada; puede imaginar lo que sería una misa cantada en aquellos años remotos.

No llamo su atención hacia los curas y sacristanes, ni hacia el sermón, ni hacia los ojos de las jóvenes cariocas, que ya eran bonitas en aquel tiempo, ni hacia las mantillas de las señoras graves, las casacas, las cabelleras, las cortinas, las luces, los incienso, nada. Ni siquiera hablo de la orquesta, que es excelente; me limito a mostrarle una cabeza blanca, la cabeza de ese viejo que dirige la orquesta con alma y devoción.

Se llama Román Pires. Tendrá sesenta años, no menos en todo caso, nació en el Valongo, o por esos lados. Es un buen músico y un buen hombre; todos los colegas lo quieren.

El maestro Román es su nombre familiar; y decir familiar o público era la misma cosa en tal materia y en aquellos tiempos. "La misa será dirigida por el maestro Román", equivalía a esta forma de anuncio, años después: "Entra en escena el actor João Caetano".

O a esta: "El actor Martinho cantará una de sus mejores arias". Era la sazón adecuada, el aliciente delicado y popular.

¡El maestro Román dirige la fiesta! ¿Quién no conocía al maestro Román, con su aire circunspecto, recatado el mirar, sonrisa triste y paso lento?

Todo esto desaparecía al frente de la orquesta; y entonces la vida se derramaba por todo el cuerpo y todos los gestos del maestro; la mirada se encendía, la sonrisa se iluminaba: era otro. No significaba esto que él fuera el autor de las misas; esta, por ejemplo, que ahora dirige en el Carmo es de João Maurício; pero él se aplica a su trabajo poniendo en ello el mismo amor que pondría si fuera suya.

La fiesta terminó; y fue como si se apagara un resplandor intenso, dejándole el rostro iluminado apenas por la luz ordinaria; helo aquí descendiendo del coro, apoyado en el bastón; va a la sacristía a besar la mano a los padres y acepta un sitio en su mesa.

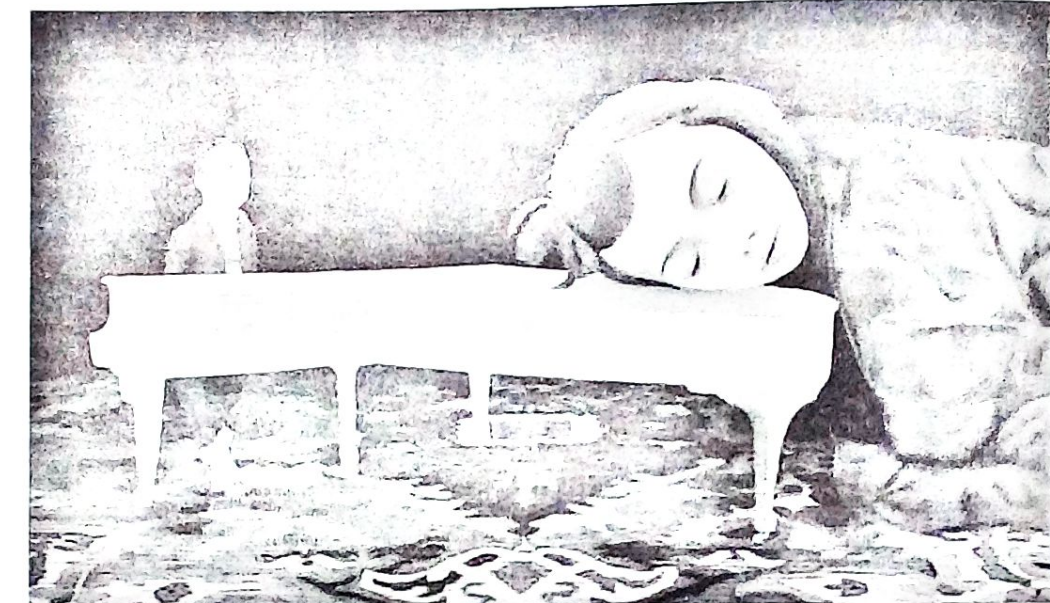
Permanece todo el tiempo indiferente y callado. Termina la cena, sale, camina en dirección a la Calle de la Madre de los Hombrés, en donde vive, en compañía de un negro viejo, papá José, que es como si fuera su verdadera madre, y que en este momento conversa con una vecina.

—Ahí viene el maestro Román, papá José —dijo la vecina.

—¡Eh!, ¡eh!, adiós vecina, hasta luego.

Papá José dio un salto, entró en la casa, y esperó a su amo, que entró poco después con el mismo aire de siempre. La casa no era rica, por supuesto; ni alegre. No había en ella el menor vestigio de mujer, vieja o joven, ni pajarricos que cantasen, ni flores, ni colores vivos o cálidos.

Casa sombría y desnuda. Lo más alegre que allí había era un clavicordio, donde el



maestro Román tocaba algunas veces, estudiando. Sobre una silla, al lado, algunos papeles con partituras; ninguna suya...

¡Ah!, si el maestro Román pudiera, sería un gran compositor. Tal parece que hay dos clases de vocación, las que tienen lengua y las que no la tienen. Las primeras se realizan; las últimas representan una lucha constante y estéril entre el impulso interior y la ausencia de un modo de comunicación con los hombres. La de Román era de estas. Tenía la vocación íntima de la música; llevaba dentro de sí muchas óperas y misas, un mundo de armonías nuevas y originales que no alcanzaba a expresar y poner en el papel. Esta era la causa única de la tristeza del maestro Román.

Naturalmente, el vulgo no se daba cuenta; unos decían esto, otros aquello: enfermedad, falta de dinero, algún disgusto antiguo; pero la verdad es esta: la causa de la melancolía del maestro Román era no poder componer, no poseer el medio de traducir lo que sentía.

Y no porque escatimara el gasto de papel o el paciente trabajo, durante muchas horas, al frente del clavicordio; pero todo le salía informe, sin idea ni armonía. En los últimos tiempos hasta sentía vergüenza de los vecinos, y ya ni siquiera intentaba nada.

Y, no obstante, si pudiera, terminaría al menos cierta pieza, un canto de esponsales, comenzado tres días después de su casamiento, en 1799. La mujer, que tenía entonces veintidós años, y murió de veintitrés, no era bonita, ni mucho ni poco, pero sí muy simpática, y lo amaba tanto como él a ella.

Tres días después de su boda, el maestro Román sintió en su interior algo parecido a la inspiración.

Imaginó entonces el canto esponsalicio, y quiso componerlo; pero la inspiración no logró salir.

Como un pájaro que acaba de ser aprisionado, y forcejea por atravesar las paredes de la jaula, abajo, encima, impaciente, aterrizado, así batía la inspiración de nuestro músico, encerrada dentro de él sin poder salir, sin encontrar una puerta, nada.

Algunas notas llegaron a reunirse; él las escribió; asunto para una hoja de papel, apenas. Insistió al día siguiente, diez días después, veinte veces durante sus años de casado.

Cuando murió su mujer relejó aquellas primeras notas conyugales, y se sintió más triste aún, por no haber podido dejar en el papel la sensación de esa felicidad ya extinta...

—Papá José —dijo él—, hoy no me siento muy bien.

—Tal vez el señor comió algo que le cayó mal...

—No, desde esta mañana estaba así. Vaya a la botica...

El boticario mandó cualquier cosa que él tomó esa noche; al día siguiente el maestro Román no se sentía mejor. Es preciso agregar que padecía del corazón: molestia grave y crónica.

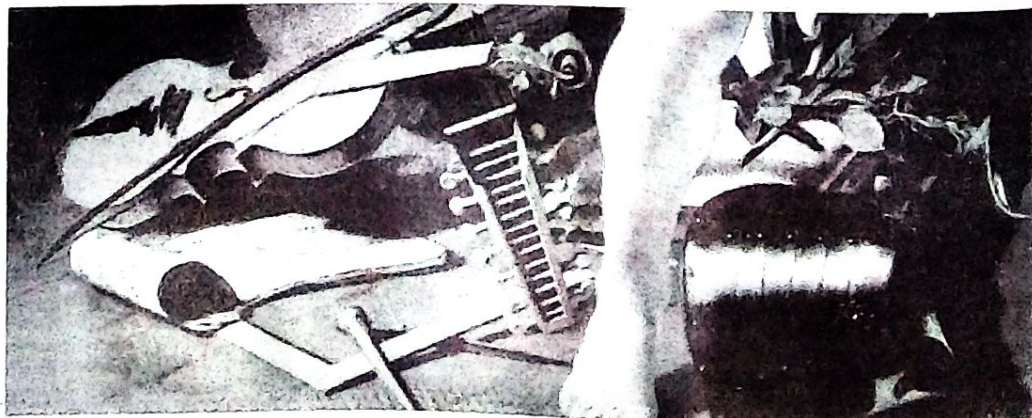
Papá José sintió temor cuando vio que el malestar no cedía al remedio, ni al reposo, y quiso llamar al médico.

—¿Para qué? —dijo el maestro—. Esto pasa.

El día no terminó peor y él pasó buena noche; no así el negro, que solo consiguió dormir dos horas. Los vecinos, una vez que se hubieron enterado de aquella dolencia, no tuvieron otro motivo de conversación; los que mantenían relación con el maestro fueron a visitarlo.

Y le decían que no era nada, que eran achaques de la edad; alguien agregaba graciosamente que era un truco, para librarse de

Pasa a la Pág. 5



Viene de la Pág. 4

las derrotas que el boticario le propinaba en el juego de "gamao"; otro, que era cuestión de amores.

El maestro Román sonreía, pero para sus adentros se decía que aquello era el final. "Todo acabó", pensaba.

Una mañana, cinco días después de la fiesta, el médico lo encontró realmente mal; y el maestro se lo notó en la expresión, por detrás de las palabras engañosas: "Esto no es nada; es preciso no pensar en músicas..."

¡En músicas! De pronto esta palabra del médico trajo al maestro una idea casi olvidada. Al quedarse solo con el esclavo, abrió la gaveta donde guardaba desde 1799 el canto de esponsales iniciado. Releyó aquellas notas arrancadas con tanto trabajo y nunca concluidas.

Y tuvo entonces una idea singular:

—Terminar la obra, fuese como fuese; cualquier cosa estaría bien, con tal de que significara dejar un poco de alma sobre la tierra.

—¿Quién sabe? En 1880, tal vez, se interpretará esta obra y se contará que un tal maestro Román...

El comienzo del canto remataba en un cierto la, este la, que resultaba bien allí donde estaba, era la última nota escrita.

El maestro Román ordenó llevar el clavicordio a la habitación del fondo, que daba al solar; necesitaba aire. Por la ventana vio, en la ventana trasera de otra casa, una dulce pareja de recién casados, asomados, abrazados por los hombros y de manos unidas. El maestro Román sonrió con tristeza.

—Ellos llegan —se dijo—, yo salgo. Compondré al menos este canto que ellos podrán tocar...

Se sentó ante el clavicordio; reprodujo las notas y llegó al la... la, la, la...

Nada, no lograba seguir.

Y, sin embargo, él sabía de música como el que mee. La, do... la, mi... la, si, do, re... re... re...

¡Imposible! ninguna inspiración. No aspiraba a una pieza profundamente original; tan solo algo que no pareciera de otro y que se relacionase con la idea comenzada. Volvía al principio, repetía las notas, intentaba revivir un retazo de la sensación extinguida, se acordaba de su mujer, de aquellos tiempos primeros.

Para completar la ilusión, debía correr su mirada por la ventana en dirección a la pareja de recién casados. Ellos seguían allí, con las manos unidas y rodeándose los hombros con los brazos; pero ahora se miraban uno al otro, en vez de mirar hacia abajo.

El maestro Román, agotado por el malestar y la impaciencia, tornaba al clavicordio; pero la visión de la pareja no le traía la inspiración, y las notas siguientes no sonaban. —La, la, la...

Desesperado, dejó el clavicordio, tomó el papel escrito y lo rompió.

En ese momento, la joven absorba en la mirada del esposo, empezó a canturrear de cualquier modo, inconscientemente, alguna cosa nunca antes cantada ni sabida, una cosa en la cual cierto la proseguía después de un sí con una linda frase musical, justamente aquella que el maestro Román había buscado durante años sin hallarla jamás.

El maestro la oyó con pesar, sacudió la cabeza, y esa noche expiró.

* J. M. Machado de Assis.
Brasil, 1839 – 1908.

Considerado el mayor nombre
de la literatura carioca

Yves Bonnefoy:

"Nuestra necesidad de Rimbaud"

El poeta, traductor y crítico literario argentino Juan Arabia, comenta el reciente libro de Yves Bonnefoy publicado por la editorial Cuenca de Plata



Arthur Rimbaud

Yves Bonnefoy (Tours, 1923 – París, 2016), poeta, traductor y crítico literario, desde el inicio de esta recopilación de ensayos (publicados originalmente en revistas y libros) y conferencias (dictadas en All Souls College, Oxford y en el Musée d'Orsay), escribe sobre Rimbaud desde su amistad con el poeta francés, desde su relación "con él en el mundo, desde su relación con Rimbaud en la "verdadera vida".

De sus innumerables aportes, hay uno que resulta fundamental para leer la extensión (y por tanto interrupción) de la obra poética de Rimbaud. Para Bonnefoy, la vida y obra de Rimbaud se dinamiza a partir del cruce o doble necesidad de "esperanza", por un lado, y de "verdad", por el otro. Esta distinción se ve, de forma continua, en sus propios trabajos, en su propia experiencia. No se trata de un corte transversal, analítico, sino de un movimiento constante que vislumbra Bonnefoy a lo largo de toda la carrera literaria del poeta francés. Obra que es luz, esperanza, pero que a su vez experimenta una necesidad de verdad, y por tanto de sombra: "La misma ambigüedad en Rimbaud, el mismo conflicto de una esperanza que se enreda en quimeras y de una necesidad de verdad a la cual se adhiere siempre ese ser que no puede dejar de ver las cosas como son".

El esperanzado Rimbaud, que ya había escrito El barco ebrio, llega a París desde Charleville hacia 1871 para juntarse con su admirado Paul Verlaine (denominado por él mismo como "poeta vidente", junto a Baudelaire y Méret, en su carta a Paul Demeny fechada en 1871) y el ambiente literario parisino. Detrás quedaba el horizonte definitivo de las Ardenas, las obli-

gaciones ordinarias, el mandato materno, el insostenible silencio de una provincia desierta. Nacían, de esta forma, nuevas sensaciones, nuevas experiencias, nuevas vocales.

Pero de forma decisiva, cuando finalmente llega a la idealizada ciudad de la Comuna, Rimbaud se encuentra con literatos pueriles y superficiales, y ve con sus propios ojos la inconsecuencia y debilidad de Verlaine, casado con una joven acomodada, de costumbres burguesas. Es el momento, por otro lado, del desarreglo razonado de todos los sentidos (ya prefigurado en sus dos cartas del vidente, fechadas antes de su estancia en París), de los escándalos y excesos parisinos. Bonnefoy, radicalmente rimbadiano, se pregunta: "Y dado que el mismo no rompía de inmediato con las falsificaciones evidentes de la ambición poética, ¿no debía concluir que también él no era más que inconstancia, aunque angustiada? ¿Y qué debajo de las ilusiones que habían transportado sus primeros poemas había una más, y la peor, la de pensar que verdaderamente era un poeta?".

La esperanza es un antónimo de la realidad. Y el propósito de Rimbaud, de transformarse en un vidente mediante el desarreglo de todos los sentidos (es decir, experimentar voluntariamente todas las formas de amor, de sufrimiento y de locura: "Imagínese a un hombre que se implanta y se cultiva unas verrugas en la cara") no tardaría en lastimarlo, despedazarlo lentamente. No resulta anecdótico lo que señala Bonnefoy respecto al consumo de opio (posterior al uso de ajeno y ha-

chís) de Rimbaud junto a Verlaine en Londres, en su etapa del desarreglo razonado. Si bien Bonnefoy no lo señala, podrían los lectores familiarizados con Opio, de Jean Cocteau, encontrar similitudes (desintoxicación narrativa) con el proyecto de prosa poética de Una temporada en el infierno. Además, para el crítico francés, la homosexualidad de Rimbaud (no registrada en otras épocas de su vida) no deja de ser otro de los componentes fundamentales de su "desarreglo". Así describe este enfrentamiento interno el mismo poeta en Mala sangre: "No partimos. Retomamos los caminos de aquí, cargado con mi vicio, el vicio que extendió sus raíces de sufrimiento en mi costado, desde la edad de la razón — que sube al cielo, me golpea, me da vuelta, me arrastra".

De la misma forma que Murphy, Char y Heidegger, Bonnefoy lee el trabajo poético de Rimbaud en paralelo con sus Cartas del vidente, es decir, con su proyecto poético experiencial.

Y el posterior silencio de Rimbaud tampoco resulta para Bonnefoy un misterio o enigma a descifrar: "Rimbaud deja de escribir desde que el final de la infancia, más coercitivo que cualquier decisión intelectual, lo priva de la esperanza de cambiar la vida".

Tomado de El perfil.com



Todavía oír

Acaba de aparecer un nuevo número de la revista "M", dedicado a la poeta y filóloga cruceña Emma Villazón (1983-2015). A contin

Tarde me llegaron los libros de Emma Villazón Richter. Tarde respecto a su publicación. Muy puntuales respecto a las correspondencias que ocurren en el vivir. La conocí el año 2006 y ahora me apena que el momento en que sostuvimos ese diálogo que se transcribió en *El Batiscafo*, revista literaria con la que Emma colaboraba, yo no había leído sus poemas.

Atenta, amable, mucho menor que yo y aún más joven de lo joven que es hoy y para siempre en el recuerdo, Emma me envió un ejemplar de la revista desde Santa Cruz, en sus páginas aparecía la entrevista y un poema suyo. No obstante sus ojos grandes y su palabra inteligente anunciados por Gary Daher Canedo, quien posibilitó nuestro encuentro, solo vino a mí el asombro cuando leí su poema. Lectora, receptora, intérprete en el sentido más antiguo, Emma había elegido un epígrafe de Homero: "Y vi a Sísifo, que sufría grandes tormentos conduciendo una inmensa roca con las dos manos...".

Su poema "Instantánea de un hombre", decía líneas abajo: "... desde el fondo unos recuerdos se elevaban tan puros / como animales de humo que te envolvían en su resplandor."

Y concluía de una manera muy bella y misteriosa: "Nadie sabría cómo podías reconocer en el aire el abandono / y ordenabas en delirio las piedras de una historia / subiéndolas pálidas a una bella luz / -aunque luego cayeras entre espinas / lanzado por un fuelle- / rodando ante mis ojos." Ese texto me impresionó profundamente y se lo hice saber, así fuimos más próximas.

Recordando aquel y algunos otros poemas que leí de manera dispersa, supe que Emma Villazón tenía una relación de privilegio con el lenguaje. Filóloga, dicen los datos de su biografía. Filóloga y poeta. El primer libro suyo que tuve para mí, para el tiempo y lugar que requiere una lectura de poesía, fue *Temporarias y otros poemas*, regalo de Navidad solicitado a mi amiga Alba María Paz Soldán.

Lo traje desde La Paz a esta Cochabamba desprovista. Me llegó el ejemplar número 217 de la edición de Perra Gráfica Taller, concluida en La Paz, en 2016. Después de una primera lectura, al comentarlo en una conversación de tres con otros dos grandes amigos, Igor Barreto, poeta venezolano y Nadia Prado, poeta chilena, supe que en tierras de la vecindancia -palabra ideada por Andrés Ajens, esposo de Emma, allá por 2006 cuando creara este Mar con Soroche para Bolivia y Chile- se había tomado ya como propia de ciertos círculos de amigos una otra palabra insuflada de amor por Andrés: Poema. En mi carta a los amigos

yo resaltaba, copiándolo de principio a fin, el poema "¿Las palabras son qué?" y pensaba el tono desgarrado y desgarrador con el que la poeta se preguntaba por la materia de su hacer y así de su estar en este mundo: "Virutas vaho golpes van a manos / ... polvo / de tripas / ... pero / las palabras qué son / qué viene a las manos qué / a los ojos al paladar desierto...".

Y al copiar esta pregunta una vez más la angustia producida por una instantánea y renovada empatía me llena los ojos de lágrimas. En una segunda lectura recién pude percibir la potencia de las dos líneas finales del poema: "porque arrimadas a lo estrecho vamos (temporarias) / en días sin nombre recibiendo". Líneas que me dieron luz sobre la totalidad del libro. "[Y]a baila noviembre, el calor des-pabla / a la ventana enmohecida en invierno. / Su olor remueve las alas maltratadas / por el frío de la acumulación y la constancia. / O por ese falso sueño de entregarse / a la digna, dicen, venta de la fuerza / que al final resulta en ofrenda de la savia...", así principia una construcción impecable.

Como la misma poeta quiso explicarse y explicar a sus lectores: "Temporarias [Temporarias] es una exploración poética sobre el actual modo de trabajo de las fábricas [...] y me quedo aquí aunque ella siguiera: 'fábricas que elaboran productos intelectuales'...".

No obstante ese texto de presentación de su propio trabajo fuera incluido en la edición del libro y lo explica todo, en un intento de retomar aquella primera conversación con ella, subrayaré varias líneas: "Dicha búsqueda está a su vez cruzada por el relato de la experiencia de una migrante". "Macabea". ¿Macabea? Preguntárenos una vez más, todas las veces. Y hoy seré Emma quien nos responda: Bea. Macabea es un nombre fundamental, aparece en el margen, un pie de página, del poema "[Cuestionario rechazado]". Nombre clave, llave, signo. Pues Emma Villazón es mujer de una estirpe luminosa: Gabriela Mistral, Simone Weil, Julia Kristeva, Clarice Lispector, Marina Tsvietáieva, Elvira Hernández... Y aquí, en *Temporarias*, construye diálogo, sorrelidad entera, entregada, con *La hora de la estrella* de Clarice Lispector, incluso con la versión llevada al cine por la productora Suzana Amaral.

En esta construcción dialógica Emma Villazón "envía un saludo" a esa Otra, Macabea, migrante dentro de su propio país, originaria del noreste brasileño se traslada a Río de Janeiro como tantas mujeres hay en el mundo expulsadas de su pueblo, de su ciudad, de su patria y continente. Macabea "era tan pobre que solo comió perros calientes" y su historia es la de "una inocencia herida", la de "una miseria anónima", como la describiera Lispector, entraña entrañable. Así el poema "De lo arbóreo" de *Temporarias*: "comer comer / manadas de riendas / palabras clave del éxito / tareas de hacer miles de textos / o



Emma Villazón

ejercicios de tipos de palabras / cual viejas poleas de máquina hueca [...] comer comer / colmena fiera / y nunca engordar / solo / ir llena de pensamientos sin hojas ni claveles / como anzuelos filos clavados en la nuca / nacidos sin dónde..."

Y solo porque interrumpiría el curso de lo que voy persiguiendo al escribir no copio

el magnífico final de ese poema, en el que se da un salto hacia otra cosa, forma pulidísima, trabajada también de manera relevante en [Cuestionario rechazado] # 1 y # 2, poemas en los que el lenguaje juega pensando o piensa jugando, posibilidad otra e inmensa de la escritura de Emma Villazón que necesitaría páginas aparte.



Ímos tu miel

"Mar con Soroche" que trae un dossier (Sorochemma)
 inuación, Vilma Tapia Anaya valora la alta creación de la malograda escritora.



Retomo mi lectura. En el retrato de la migrante que Emma Villazón reproduce: "ella es más que el movimiento mecánico / aprende a cumplir la jornada / como sube enérgica las escaleras del metro: [...] todo sea por el oro y el moro, resuena incomprensible / su pecho que se descama a medida que corre por la metrópoli, / y deja una estela de baba maloliente que nadie ve en la calle; / luego / ella es ascendida a un nivel extraterreno". A saber: la ilusión, y después la muerte. Preguntas imposibles en su formulación misma se hace la joven Macabea de Lispector, pero Emma sí las atiende, las ramifica, les hace un árbol "con que defenderse de las trampas propias y ajenas", les hace un bosque: "¿y si alguien se quita el nombre al saludar -al escribir? / [...] ¿es posible vivir incendiada y no cometer delitos? / ¿qué es la cultura? / ¿vive quien ama una radio?..."

Macabea amando su radio vive, pues. Se duerme y se despierta con la radio debajo de la almohada. "[U]na caja de resonancia negra arrastra cada uno / y lo más fácil es no interpretar bien esos ecos / y hacer tragedia, cuando las ruinas son polifónicas...", dice Emma Villazón en otro momento, el poema de inicio "Cuadrícula y estrellas", en el que abre el mapa conceptual y simbólico de la zona a la que ingresamos. "Una caja de resonancia negra arrastra cada uno". La radio que se ama en los días de radio, sí, voces incorpóreas, tic-tac-tic-tac-tic, la hora exacta, cultura, anuncios. Y también música;



ca: "(no, no / es retirar tu mirada / de un / es moverla / de una silla / hacerla bailar / en las horas)". Pero Temporarias piensa tiempo y trabajo en un mundo capitalista, entonces también está la máquina que es sudor, día canalla y mudez o por lo menos diálogo interrumpido, sabotado, retardado: "los ejercicios del cuerpo los descuentos / las mancuernas el ritmo cardíaco / de la fábrica que aprieta que suelta / tus gestos [...] perfil ardoroso de oceánico insomnio llevo / que recibe / emite unas descargas o solo rumia / las palabras retaceadas por el diario ajeteo / eso lo no dicho que crece arbóreo...". Máquina motor bujía, máquina-herramienta-compleja, máquina optimización de la producción de plusvalor. Negra caja de resonancia negra. Devorador constructo. El lenguaje ahí adentro poco puede decir, es desmentido tal como son desmentidas las experiencias del cuerpo sometido a la máquina, Benjamín nombró así la invisibilidad del cuerpo que crea plusvalor en el capitalismo. Experiencia desmentida.

Palabra retaceada. Entonces la poeta se ve llamada a "trabajar el delirio y la enajenación desde el lenguaje [...] los poemas [...] pretenden abrir esas 'zonas prohibidas' que la lógica fabril crea [...]". Y las abren, DICHIENDO, "como / quien arranca con unos caballos / hacia la ignota isla de un barrio, / un viaje como extraviarse, amularse (lo típico)...". ¡Ah! no hay lugar para el optimismo. Sin embargo, recordando, conmemorando en un lenguaje que delirante no pierde en puleritud ni transmisión de sentido, el poema sigue: "tachados los banquetes, / llegan los

susurros de mil aves / ¿caso río de quetehues o torcazas? / pronunciando lo humano más humano / que olvidamos hace tiempo / viene un ojo y se posa en nuestras narices / ni demandante ni gimiente / y destella el destierro que cruzamos / viajes al gran santiago para vender las pupilas...". Y aquí cabe preguntarse por la dualidad que define a las manifestaciones, a las experiencias, a la vida en este mundo y también por los conceptos con que tratamos de entender manifestaciones, experiencias, vida, mundo. Repito: destierro, deslumbre migratorio, tras/paso. Pienso: Del arado al tractor, de los caballitos flotantes de tiora al metro y subterráneo.

De los campos infinitos a las infinitas murallas ciudadinas. De la temporalidad de la comunidad dialógica y fundante a la temporalidad un poco sorda de la urbe capitalista. Y también se dan los movimientos en sentido contrario. Son posibles. Fueron probados. Destierro, deslumbre migratorio, tras/paso de un territorio a otro, de una vida a otra, aun de una piel a otra y así de un nacer a un renacer, entonces ¿condición humana? ¿Potencia de la vida? ¿Destinos en todos los casos? ¿Y los viajes de regreso? soy yo la que pronuncia la pregunta esta vez. "Postal de huecos" es el poema que responde: "siempre bajo silencios que guardaban nieve // y entra también un aire materno / del rincón más oscuro y loco de la noche / que ablanda los huesos y las hace garzas en las sombras...". Palabras que hacen que mi pregunta crezca desmedida y garza, debo pedir con urgencia que desde la ciudad de Santa Cruz de la Sierra se me envíe el libro que ya no encuentro en mi anaque,

Llegará tarde, como dije al principio, pero también puntual. Llegará todo nuevo.

Repito entonces la pregunta: ¿Y los viajes de regreso?, y Lumbre de ciervos, de Emma Villazón, "uno de los poemarios más brillantes de esta parte del mundo en los últimos tiempos" como opinó Céd Mendizábal, desde su lumbre responde: "No se aleja quien nunca se va, / sale por la puerta real o irreal / y se despierta en tono de lluvia ascendente o pájaro. / Nadie parte fácilmente y quizás nunca del todo / de instancias mayores, sobre todo / del lugar del origen...". Y continúa diciendo el libro, ese poemario, de rodillas, muy firme, desde lo suyo y más propio: "Quieran la lluvia los fósforos las bicicletas / los rostros frondosos como perros desbocados / detener al ombligo del origen, que no aplaste descendientes al moverse / que la marea natal no devore playas enteras en un inicio / como en el fin. Quiera que en vez de manzanas los ciervos / roben pájaros, mitos, que gocen y escupan, y en los carozos / marquen con aullidos sus nuevos renaceres o estruendos. / Quiera que al hundir sus cabezas en la luna donde pasten se digan: 'Ya... son las horas de fiesta...'. Que así sea para esta altísima cierva, Emma Villazón, una de las poetisas más brillantes de este aquí y hasta la luna.



De la ventana al parque

* Jesús Urzagasti

Fragmento

La última vez que vi a mi tío Honorato estaba revocando la covacha donde acababa de ser enterrado su hermano Segundo, fallecido a temprana edad en Salvador Masá. La noche anterior empezamos a conversar y nos amancimos charlando, hasta dejar vacía la damajuana de vino. Recordó muchos avatares de la guerra del Chaco, a la que había ido muy joven y con bastante fortuna, pues se salvó de quedar muerto como tantos otros y más bien fue a dar a Asunción, en calidad de prisionero, aunque andando el tiempo se conchabó con una hermosa y rica paraguaya que lo libró de los trabajos forzados a que eran sometidos los soldados bolivianos. Era alto y rubio.

En cambio su hermano Segundo era moreno y usaba bombachas y sombrero de ala ancha; en sus buenos tiempos hasta llevaba daga en las botas acordeonadas, pero al final de su corta vida abandonó el cuchillo y se declaró adepto de una secta protestante; dejó también el cigarrillo y el alcohol, sin llegar al extremo de prescindir de su indumentaria de gaucho pobre, dedicado a la agricultura y con muchos hijos. En el curso de su amable existencia no se le cruzó la idea de que su hermano Honorato le completaría la sepultura en un radiante mediodía del norte argentino, con él adentro, quieto para siempre y con su alma en el seno de Dios. En esos momentos mi tío Honorato no decía nada, ni una lágrima, solo el sudor le corría por el rostro. Y quién sabe qué pensamientos por la cabeza.

Mi tío Honorato murió en Buenos Aires, de modo que me enteré de su deceso quince días después, y en lugar de entristecerme recordé su gran amistad con Cristino Cataldi; cada vez que nos encontrábamos, enumeraba las virtudes de su camarada al que había perdido de vista tras el cese del fuego en la llanura chaqueña. "Si el destino te depara la suerte de conocer a Cristino —me solía decir—, hazle llegar mis más calurosos saludos".

Ya lo dije, era rubio y grande, y además peronista, amén de desconocer absolutamente el mundo andino, un prejuicio en estado prístino que provenía de la barrera del idioma, porque él solo hablaba castellano y algo de guaraní. No sé por qué aprendí a quererlo, quizás porque pensaba que no tenía miedo a nada; una mera suposición: una noche me confesó que después de la guerra el terror lo hizo titubear muchos años; cada madrugada, se levantaba despavorido y agarraba su fusil, aunque por suerte no disparaba, porque la pesadilla terminaba en cuanto tenía el arma en la mano.

Mi tío Jesús, León evitó sin querer estos desagradables sobresaltos, simplemente quedó medio loco de tantos tiroteos con los pilas, con el consuelo de ser teniente y de haber ganado sus grados en una sucesión de actos que sólo los temerarios protagonizan. Honorato y Jesús se conocieron, no creo sin embargo que

hubiesen hecho buenas migas, como quien dice, eran harinas de costales diferentes. Jesús León no murió en Buenos Aires, vino a morir a La Paz: la tuberculosis lo agobió hasta dejarlo tendido en un camastro, pobre y abandonado, como dijo mi hermana María, que lo ayudó a emprender el viaje definitivo. Tengo la impresión de que a estos tíos los separaba una afición distinta por las cosas. A Jesús León lo chiflaba la alaja de algarrobo mezclada con alcohol; en cambio a Honorato lo ponía brioso el vino mendocino y la cerveza, por argentina que fuese.

Los muertos que no se conocieron en vida, traban amistad en el más allá, pero sus aventuras nos están vedadas. Y en buena hora. Mis amigos muertos proceden de mundos dispares, algunos de ellos

tarra eran signo inequívoco de la fortaleza latinoamericana, pero también de la barbarie. Santarra vio al diablo y oyó el canto de los muertos, y cuando le revolvieron las tripas los únicos que derramaron lágrimas sinceras por su partida fueron sus padres y la mujer ajena.

En lugar de llorar, los muertos cantan; no el canto alegre y bullanguero de los que irresponsablemente transitan por las calles del mundo. Se trata de un canto sumamente responsable, hecho de sombras luminosas y sin una pizca de alcohol, por lo tanto sin melancolía. Yo no estoy muerto, pero escuché el canto de los muertos y escuché también las canciones de algunas personas vivas que me recuerdan al canto de los muertos. Son los mejores artistas, porque los gobierna el amor



ni siquiera cruzaron un saludo y en la mayoría de los casos él uno no supo de la existencia del otro. Por ejemplo, el escritor argentino Héctor Álvarez se fue sin saber quién era y qué hacía Santarra, primero porque Santarra murió antes, y luego porque en vida era difícil, por no decir imposible, que el porteño reparara en el boliviano. Como que así ocurrió. Sin embargo, los muertos que están destinados a conocerse en vida, delegan el papel de intermediarios a un montón de personas. Una del montón soy yo.

Debo decir, entonces, que Santarra era travieso e ignorante, hijo de la selva, mezcla de mulato y llanero, impertinente y cínico, con un dejo de nobleza en sus actos, en otras palabras, producto elaborado a medias con la mejor fibra latinoamericana. Lo mataron de varias puñaladas, por haber sido sorprendido con una mujer ajena, pero se fue tranquilo —fatigado por una conducta inocente que para otros era un agravio—, en un tren de carga que lo aproximaba al término de su aventura.

Era un bribón suelto, bastante trompeador y buen amigo con los que —según él— merecían ese trato. Mi tío Honorato lo detestaba y Jesús León en las primeras de cambio le hubiese metido seis tiros, pero en realidad una vez le invitó alaja de algarrobo y al cabo de media hora se hizo faltar el respeto. En cambio, Héctor Álvarez hubiese considerado que vidas como la de San-

chaveta. Y Gallardo le hubiese prodigado un silencioso respeto al autor de *Guitarra negra* y se hubiese quedado callado ante la delicadeza de Tabárez. Así se comportan quienes practican el mismo oficio y saben que se van a morir sin conocerse.

Según quienes no los conocen, los muertos son tristes, drásticos, silenciosos y desorejados. Para mi coeto digo que pueden ser drásticos y silenciosos, pero desorejados ni durmiendo. Y pueden cambiar su paisaje natal por otro del todo desconocido y morir allí sin proferir una queja, como le ocurrió a Francisco Primosich, calificado obrero austriaco que, luego de permanecer años en la Argentina, derivó hacia la llanura chaqueña y se quedó en las faldas del Aguargüe con la intención de construir un aljibe.

Nadie lo creía capaz de semejante cosa, primero porque le gustaba demasiado el cañazo, y luego porque se pasaba todo el santo día hablando de sus proezas en Tucumán, Río Negro y Misiones. Y el más desconfiado era don Manuel Flores, chapaco de setenta años, experto en hortalizas y plantaciones que exigen paciencia, buen humor y sabiduría. Por ese tiempo estaba apegado a la casa, a los cañaverales y a la falca un gaucho apellidado Moreira, silencioso como un tigre enjaulado y que no aflojaba de la cintura un peligroso facón. Tampoco él le creía un comino a Primosich.

El austriaco, sin embargo, llevó a feliz término su obra maestra de ingeniería y un domingo de luz embriagadora inauguraron el aljibe con un gran asado y abundante vino. Consciente de que había llegado su día más glorioso, ordenó que metieran un bateón al aljibe repleto de agua, se consiguió dos palos y comenzó a navegar mareado por las olas del mar Adriático. Dio unas cuantas vueltas, y ante tanta insistencia, le cedió el barco a don Manuel Flores, que esta vez cruzaba el modesto río Guadalquivir de Tarija, cuyas aguas casi lo ahogan.

Al atardecer de esa jornada, Moreira desapareció del Ojo del Agua sin decir gracias ni hasta luego. Al día siguiente, Primosich miró por última vez el depósito de agua y se fue a El Palmar, donde por esa temporada la gente estaba alborotada por un acróbata de fuste, llamado Eladio, que había llegado acompañado de un circo chileno, con payasos y todo. El circo se fue pero se quedó el Tony Tachuela, equilibrista venido a menos que halló grata compañía en su compatriota Francisco Cabrera y en su tocayo Primosich. Los dos murieron más o menos por la misma temporada.

Cabrera súbitamente en el patio del mercado, rodeado de escolares, con la barba crecida, su cachucha y sus abaracas; en cambio el austriaco falleció en privado, en su habitación, y solo lo echaron de menos a los dos días. Recuerdo su rostro dormido, apagados sus ojos azules, lejos para siempre del mar Adriático y muy cerca del aljibe que nadie creía que sería capaz de construir. El Tony Tachuela no murió, simplemente desapareció como estrella sin cola.

* Jesús Urzagasti.

Gran Chaco, Tarija, 1941-2013.
Escritor, novelista y poeta.

Bolívar y Santander: sus vidas paralelas según Arciniegas



Francisco de Paula Santander



Simón Bolívar

Arciniegas ha creado, como todo grande escritor, su propia mitología. En ella ocupan lugar preponderante figuras como las de Colón y Vespucio, Jiménez de Quesada y los Comuneros. Pero donde quizá ha desarrollado sus dones de revitalizador de la historia americana es en sus vidas paralelas de Bolívar y Santander. Las ha estudiado e interpretado a lo largo de sus largos años, en columnas de prensa, en conferencias ante los más heterogéneos auditorios, en ensayos aparecidos en revistas de varios idiomas y, cómo no, en sus libros.

Pasa por santanderista ortodoxo, pero en realidad ha escrito dos volúmenes dedicados al cancheño por antonomasia, sobre el cual también ha preparado exposiciones documentales de indudable importancia.

Tiene la honradez de destacar las virtudes de cada uno y los considerara, dentro de sus respectivas órbitas, las figuras claves de nuestros inicios como repúblicas independientes. Solo que esas órbitas a veces se cruzan y entrecruzan, y Arciniegas no teme señalar lo mucho que en ocasiones los separa, y el abismo, para todos, que se excavó con tales discrepancias.

La guerrilla abierta entre sus respectivos partidarios ha terminado por encontrar en Arciniegas a un compositor que enlaza las disonancias en un acorde final. Bolívar, frente a la muerte, reconoce cómo la disputa los perdió a todos. Santander, en el exilio, no permite que le hablen mal de su antagonista.

Quizá se amaron; quizá se odiaron. Los amigos, de seguro, contribuyeron a envenenar el aire que respiraban; pero no son solo el código y la espada, enfrentados. Son, como todos los seres humanos, mucho más complejos de lo que imaginábamos. Aún están vivos y muchas personas toman actitudes beligerantes ante este pasado. ¿Tuvo celos Santander de la gloria de Bolívar y terminó por cercar sus ambiciones de visionario con una sutil alambrada de documentos debidamente legalizados? ¿Le negó los ejércitos el continente y

se aterrorizó, con sinceridad, de sus ambiciones monárquicas y de su séquito de venezolanos? ¿El jurista, imbuido de leyes, llegó a pensar que la conspiración septembrina era el único camino que quedaba, con el riesgo inherente del atentado?

En fin, los tópicos continúan intactos. Aunque más atractivo y atrayente Bolívar, la opacidad, quizá cultivada, con que Santander trabajó sin descanso en lo bueno de la política y lo malo de la pequeña polítiquería, se ve ahora replanteada por la diligencia abrumadora con que la Fundación Santander ha recopilado su vastísima obra en el campo administrativo, militar, educativo, internacional. Se nos revelan, incluso, sus pasiones muy humanas y su interés por la cultura en su errancia europea. Pero hay detrás de estas figuras otras dos vidas paralelas que también los aproximan y los distancian. Así lo dijo el ex presidente Alfonso López Michelsen en su libro "Esbozos y atisbos" (1980) al referirse "a dos mujeres legendarias".

"Nicolas Ibáñez de Caro y Bernardina Núñez de González, ambas de tan rara belleza que, en la época de la emancipación, despertaron el amor de Santander la primera y de Bolívar la segunda, aun cuando todavía no es muy claro si los dos próceres, en diferentes épocas, no estuvieron enamorados de ambas.

Nada es muy claro todavía. Ambiciones postergadas, reconocimientos que no llegan a tiempo, un gran sueño que se desharata y un territorio que busca, a tientas, convertirse en nación, a punta de leyes y fronteras no delimitadas del todo. Y en medio de ello, dos hombres muy humanos.

Arciniegas trata de ver con ojos renovados el asunto y de ese modo enriquece la perspectiva de Bolívar: Bolívar no es solo el dictador de la constitución boliviana, ni Santander apenas un tinterillo demasiado escrupuloso. Así, no tanto desde la crítica, que realiza de modo pertinente, sino más bien desde el entusiasmo, él también escribe, como Fernando González los retratos de estas dos vidas paralelas: "Bolívar seco, quemado ojine-

gro, en llamas. Santander adiposo, lanudo, ojillos grises y fríos. Al uno los códigos, al otro el libro del universo. Santander, pedirlo todo con astucia; Bolívar, obtenerlo todo y darlo todo; libertar a América y dar la representación americana original. El otro, independizar la Nueva Granada y... el que tenga más votos será el presidente. Muere el uno rico, llorando, gritando, refregándose cordones de frailes. El Libertador se apaga desnudo y como un sonido."

Por ello son buenas estas vidas paralelas de Bolívar y Santander involuntariamente realizadas por Arciniegas, a lo largo de mucho tiempo, pues pasa del dato minucioso al vuelo interpretativo, al seguir esas trayectorias durante períodos muy concretos o enfrentadas a problemas reales, todo ello dentro del marco internacional que ha caracterizado su tarea: Iglesia-Estado, relación con Inglaterra, civiles y militares. Es obvio que el Bolívar visto por un español como Madariaga, o un norteamericano como Waldo Frank o un ruso, no es el mismo Bolívar recreado por Arciniegas. Pero quizá este último, al igual que su Santander, se halla más próximo a lo que el historiador mexicano Edmundo O'Gorman pedía como aspiración ideal, en el terreno de la historia americana: "Quiero una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia solo inteligible con el concurso de la luz, de la imaginación; una historia-arte, cercana a su prima hermana la narrativa literaria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores; una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opera la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable "Fantasmas en la narrativa historiográfica".

Un libro como este de Arciniegas, que destaca los méritos complementarios de ambas figuras, nos lleva a integrar nuestro pasado en una unidad asumida, sin exclusiones. Lo que fue se convierte en nuestra razón de ser, admirativa ante dos personajes y ante el escritor que los vivifica con su prosa, tan reflexiva como mágica.

* Juan Gustavo Cobo-Borda.
Colombia, 1948.
Poeta, periodista
y diplomático.

Anoche, en un putero

Anoche, mis pasos me llevaron hasta el interior del "Trapezón", que como bien sabías -¿Qué ibas a saberlo si nunca lo conociste!-, es un putero ubicado al final de la Av. Buenos Aires. Te confieso que yo no tenía un solo centavo en mis bolsillos, y que si entré, fue para protegerme un poco de la lluvia insensible que caía sobre la ciudad, y que encontrándome en medio de la avenida, me mojé con tal entusiasmo, que no pude menos que pensar que esa lluvia no servía para nada, puesto que no había logrado lavarme del cerebro tus recuerdos y mis pesadillas. Una vez dentro me apoyé en una de sus fosforescentes paredes, y automáticamente pensé en ti, mientras mis ojos recorrían las caras ojeras de la meretrices allí presentes.

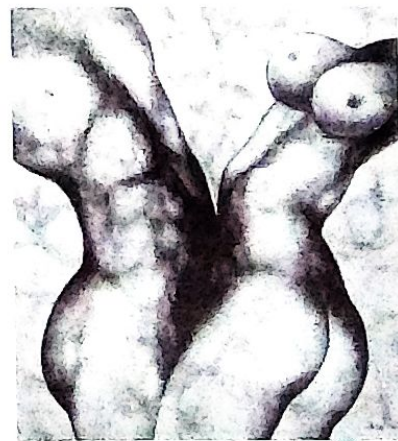
Cual zoológico humano, habían gordas y delgadas; de pechos abundantes, y otras que -intuición mía-, tal vez recurrieron a la ayuda de algodones para suplir falencias; una de ellas, negra como mi conciencia, parecía medir dos metros y medio de altura, mientras que la mujer que sabiendo (en estos detalles, ellas saben más que nadie) que yo no tenía reloj, se me acercó a preguntarme la hora; con la ayuda de sus tacos altos, calculé que apenas llegaba al metro cuarenta de altura.

Y en ese ambiente de luces negro-rojizas y apoltonado de volutas de humo que iban a morir en los pulmones de los parroquianos, me acordé de aquella lejana otra noche en que el alcohol unió nuestras soledades, y bebimos los infames tragos que nos animaron de rato en rato, a besarnos apasionadamente, como si estuviésemos compitiendo para determinar cuál de los dos tenía el aliento más fétido y aguardentoso. Nuestras promesas se volatilizaban ni bien salían de nuestras bocas, y más de un alcohólico que al igual que nosotros quemaba con trago sus penas, burlesco nos recomendó: "Para tanto amor, por qué no se van al baño..."

Nunca podré asegurarme qué hora era, ni cuál fue ese tu nombre que me diste a guardar, porque cuando entramos al baño de aquella infecta cantina, de seres humanos nos transformamos en dos animales en celo, y sin que nos importase un bledo la sentencia divina de "creced y multiplicaos", dimos rienda a nuestros instintos, oliendo mierda, orines y trasbocas, mientras que tú, con una mano agarrabas mi espalda y con la otra el picaporte de la puerta, a cada rato me susurrabas melosamente que me apurase puesto que podíamos ser sorprendidos en plena ejecución del cachivache...

(...) Para ese entonces la lluvia ya había calmado, y mientras el putero se asemeja a una iglesia cualquiera, porque los hombres entraban como cohibidos ante lo vedado y/o prohibido. Y después salían como liberados de culpas y pecados, salí de allí para recomprender mi interrumpida caminata hacia El Alto, pensando en que, si algún ocioso escribe alguna vez la historia de la prostitución clandestina en La Paz, y en ese libro a ti no te mencionan, es porque yo estaré convencido que manos puritanas y moralistas le arrancaron sus mejores páginas.

* Víctor Hugo Viscarra.
La Paz, 1958-2006.
Escritor y narrador.



E dith Södergran

Edith Södergran. San Petersburgo, abril 4 de 1892 – Roshchino, junio 24 de 1923. Poeta finlandesa nacida en Rusia que escribió en sueco y alemán. Su estilo creativo en la liberación del verso de la rima, el ritmo y la imaginería tradicional, tuvo significativo impacto en la poesía nórdica, especialmente en el modernismo finlandés de los años 20. Publicó los poemarios: *Dikter* (1916), *Septemberlyran* (1918), *Rosenaltaret* (1919) y *Skugga* (1920). Acaba de aparecer *Encontraste un alma, poesía completa* (2017).



La última flor del otoño

Yo soy la última flor del otoño.
Fui mecida en la cuna del verano,
fui puesta en guardia
contra el viento del norte,
rojas llamas florecieron
en mis albas mejillas.
Yo soy la última flor del otoño.
Soy la simiente más joven
de la primavera difunta,
es tan fácil ser la última en morir:
he visto el lago tan mágico y azul,
he oído latir el corazón del verano
difunto,
mi cáliz sólo contiene la semilla
de la muerte.
Yo soy la última flor del otoño.
He visto sus profundidades estelares,
he contemplado la luz de cálidos
hogares lejanos,
es tan fácil seguir la misma senda,
cerraré las puertas de la muerte.
Yo soy la última flor del otoño.

[Tú, que nunca saliste de tu huerto]

Tú, que nunca saliste de tu huerto,
¿no has estado jamás anhelante
junto a la verja
viendo por soñados senderos
fundirse la tarde en azul?
¿Y no has sentido
lágrimas interiores
quemarte la lengua
como un fuego vivo
al ver desaparecer
un sol rojo
como la sangre
por caminos
que nunca habías hollado?

Decisión

Soy una persona muy madura,
pero nadie me conoce.
Mis amigos se hacen
una falsa imagen de mí.
Yo no soy mansa.
He sopesado la mansedumbre
en mis garras de águila
y la conozco bien.
¡Oh, águila!
¡Qué dulzura hay en el vuelo de tus alas!
¿Vas a callar como todo?
¿quieres quizá escribir?
Tú ya no escribirás más.
Cada poema será
el desgarramiento de un poema,
no será poema,
sino huellas de garras.

El ansia de los colores

Porque soy pálida amo el rojo,
el amarillo y el azul,
la gran blancura es melancólica
como el crepúsculo en la nieve,
como cuando la madre
de Blancanieves
a la ventana se sentaba
anhelando también para sí
el rojo y el negro.
El ansia de los colores
es el de la sangre.
Si tienes sed de belleza
cerrar debes los ojos y mirar
en tu propio corazón.
Pero la belleza teme al día
y a las miradas excesivas.
Pero la belleza no soporta
el ruido ni los
movimientos excesivos –
no debes llevar tu corazón
hasta los labios,
perturbar no debemos
los nobles anillos
de la soledad y del silencio, –
¿se puede hallar algo más grande
que un enigma sin resolver
y con extraños rasgos?
Taciturna será toda mi vida,
una habladora es
como el gárrulo arroyo
que a sí mismo se traiciona,
un árbol solitario
seré yo en la llanura,
los árboles del bosque parecen de ansia
después de la tormenta,
debo estar sana de pies a cabeza
y tener dorados rayos en la sangre,
debo ser inocente y pura
como una llama de húmedos labios.

Vierge Moderne

No soy mujer. Soy un neutro.
Soy un niño, un paje y una osada decisión,
soy un rayo risueño de un sol escarlata...
Soy una red para todos los peces golosos,
soy un brindis en honor a todas las mujeres,
soy un paso hacia el azar y la ruina,
soy un salto en la libertad y en el yo...
Soy el murmullo
de la sangre en el oído del hombre,
soy un escalofrío del alma,
el ansia y la negación de la carne,
soy el anuncio de nuevos paraísos.
Soy una llama inquisitiva e intrépida,
soy agua,
honda más audaz hasta las rodillas,
soy fuego y agua
sinceramente unidos por libre decisión.

Hacia el atardecer refresca el día...

IV
Buscabas una flor
y hallaste un fruto.
Buscabas una fuente
y hallaste un mar.
Buscabas una mujer
y hallaste una persona:
estás decepcionado.

Añoranza del rayo

Soy un águila.
Esta es mi confesión.
No soy poeta,
jamás seré otra cosa.
Desprecio todo lo demás.
Para mí no hay más que dar vueltas
en mi vuelo de águila.
¿Qué ocurre en el vuelo de águila?
Siempre lo mismo, lo eterno.
Como infinita avidez dispara
un rayo en el cielo
amando en secreto como
cuando nace un mundo nuevo.

Amor

Mi alma era un traje celeste como el cielo;
lo dejé sobre una roca junto al mar
y desnuda llegué hasta ti
y parecías una mujer.
Y como mujer me senté a tu mesa
y brindé con vino
y aspiré el aroma de unas rosas.
Me encontraste bella y
semejante a alguien que en sueños viste,
olvidé todo, olvidé mi infancia y mi patria,
sólo sabía que tus caricias me tenían cautiva.
Y tú, sonriendo, tomaste un espejo
y dijiste que me mirara.
Vi que mis hombros estaban hechos
de polvo y se desmoronaban,
vi que mi belleza estaba enferma
y ahora sólo quería desaparecer.
Oh, aférrame entre tus brazos,
tan fuertemente
que ya no necesite nada más.

El lago del bosque

Yo estaba sola en la soleada orilla
de un lago azul pálido del bosque,
en el cielo flotaba una nube solitaria
y en el agua una isla solitaria.
El dulzor de la canícula
de cada árbol goteó con perlas,
y en mi corazón abierto
se destilizó una gota pequeña.

Edith Södergran perteneció a una reconocida familia burguesa, estudió en el famoso centro alemán Petro-Schule de Corelia, ciudad de confluencia ruso-finlandesa. A sus primeros escritos de corte crítico y analista, le siguieron poemas en alemán y sueco con marcada influencia de poetas germanos. Afectada por la tuberculosis desde los diecisiete años, aprovechó su estancia en varios hospitales para estudiar las corrientes expresionistas y futuristas. A raíz de la expropiación de los bienes de su familia durante la revolución rusa de 1917, se refugió en Raivola, cerca de San Petersburgo, donde apareció *Septemberlyran*, su primera publicación de renombre, seguida de *El altar de las rosas* y *La sombra del futuro*, obras que marcaron el inicio de la poesía modernista finlandesa. Falleció agobiada por la depresión y la pobreza en 1923. (amediavoz.com)

Reduplicaciones léxicas

en Quechua y Aymara



Conclusión

Kollukollu. Del aimara *kollu*, cerro, elevación rocosa. Lugar montañoso, con muchos cerros.

Laka laka. Del aimara *laka*, terrón. Cantidad indeterminada de terrones.

Lari lari. Del aimara *lari*, zorro. Espíritu maligno con aspecto de zorro que se lleva el alma de los niños.

Leqe leqe (leke leke). Del quechua *leqe*, ave zancuda de pecho blanco y alas negras. Brujo.

Liq'li liq'li. Étimo desconocido. Pajarillo que cuando revolotea sobre una persona presagia desgracias o mala suerte.

Liwi-liwi. Del aimara *liwi*, enclenque. Persona físicamente débil. Persona informal. **Liwilliwi.** Boleador, arma arrojadora.

Loco loco. Esta reduplicación denota intensidad pero también puede tenerse como ponderación superlativa: *loquísimo* o *loco de remate*. No encaja en la tipificación del nombre colectivo.

Machu machu. Voz quechizada, del español *macho*, animal de sexo masculino. Hombre osado, audaz, valiente.

Muña muña. Del aimara *muña*, planta medicinal parecida a la hierbabuena. Conjunto de arbusto de muña.

Muyumuyuy. Del aimara y quechua *muyo*, giro, vuelta. Mareo repentino que sufre una persona.

Nina nina. Del aimara y quechua *nina*, fuego. Insecto neuroptero. Hombre que tiene relaciones amorosas con varias mujeres al mismo tiempo.

Pallapalla. Del aimara y quechua *palla*(y), escoger, recolectar. Danza nocturna de locos de diferente disfraz y que deben desaparecer antes de que salga el sol. Instrumento musical de tubos de bambú que se toca durante el baile.

Pasa pasa. Del español *pasar*, Persona que cambia de partido más por conveniencia que por convicción política.

Pata-pata. Del aimara *pata*, altura, elevación. Superficial, sin profundidad.

Patapata. Del español *pata*, pie o pierna. Juego que consiste en atarse el patapata a un tobillo y saltar haciéndolo pasar por debajo de la otra pierna.

Pura pura. Planta medicinal que se usa contra la parálisis facial.

Qallu qallu. Del aimara *qallu*, semicruco. Alimentos a medio cocer.

Qhari qhari (kharisiri). Del aimara *qhari*, acción de cortar o matar. Persona que acecha a sus víctimas en caminos solitarios, en las noches, para extraerles la grasa del cuerpo.

Quepa quepa. Del aimara *quipa*, atraso, rezago. Persona que tarda mucho cuando realiza algo.

Persona que acostumbra llegar tarde a sus citas.

Q'illiq'illi. Del aimara *qilli*, cresta. Ave rapaz de pico corto y fuerte. Halcón andino.

Qena qena. Del aimara y quechua *qena*, flauta. Conjunto de músicos que tocan la qena danzando en círculo al son de la melodía.

Ranga ranga. Guiso de panza de vacuno. **Rek'e rek'e.** Onomatopeya. Madero con ranuras que, rascado con una pieza de madera, hace un ruido que sirve de acompañamiento a un grupo musical.

Tucataca. Onomatopeya. Juguete de dos bolas livianas unidas por una cuerda. Juego que consiste en hacer chocar las bolas repetidamente.

Tuhatuahua. Del quechua *tawa*, cuatro. Fritura rectangular de masa de harina, de 4 cm de ancho por 8 cm de largo. Se sirve rociada de miel.

Tunca tanca. Del quechua *tancay*, empujar. Coleóptero negro brillante, de 2 cm de largo, que lleva a su nido bolas de excremento empujándolas con las patas traseras.

Tiktiki. Pajarillo amigo de los espíritus malignos. Su aparición presagia desgracias.

Waka waka. Del español *vaca*. Danza que satiriza al torero español.

Warawara. Del aimara *wara*, estrella. Constelación. Signo astral con que nace una persona.

Wira-wira. Planta herbácea, se usa en infusiones medicinales.

Yana yana. Del quechua *yana*, negro. Árbol de tronco torcido y espinoso de hasta 10 m de altura.

Fin

Raúl Rivadeneira Prada.
Chuquisaca, 1940 - La Paz, 2017.
Académico de la Lengua,
periodista, abobado y escritor

Armando Chirveches:
Disimular esperando

Todo lo que quedó anónimo en la interpretación de Chirveches fue su desesperación, esa dolorosa desesperación que él supo disimular maravillosamente con los recursos de su excelente educación y de su buena índole. No olvidemos que hay sabiduría en el silencio y el recogimiento de los seres que no gustan de llevar su alma a la feria para que en ella se la ponga en la subasta de la falsa piedad.

Al decir de Arguedas, Chirveches fue "sociable, mundano, enamorado, chispeante, alegre, elegante y aun atildado". Eso fue mientras su esperanza yacía a la sombra de sus laureles que fueron los triunfos literarios de París, en donde "Le Temps" publicó "La candidatura de Rojas", rindiendo homenaje al genio creador de los latinoamericanos. La fotografía que se encuentra en las primeras páginas de tal libro, de la edición Ollendorf de 1909, denuncia a un ser de suprema y firme serenidad que irradiaba una simpatía humana que, forzosamente, debió constituir un camino de felicidad para este hombre. El gesto es de nobleza. Una efigie, diríamos, destinada al halago femenino por el don de singular varonía que delata.

Pero si el mundo veía en su porte y su atuendo al hombre feliz, dentro de su propio ser se escondía el genio desesperado e inconforme. Su canto, como la alondra inquieta, voló de alero en alero, pero en ninguno hizo aleruya de hogar. El citado Arguedas habla, en su emocionada crónica de 1926, que Chirveches tenía una novia en las campiñas rientes de Luribay. Pero esa novia quedó en la dulzura de sus estrofas, mas no fue arrastrada por el cauce bullente de su sangre. La niebla. El viento aliado de la indecisión y de la inestabilidad se llevaron esa novia por otros rumbos diferentes, otorgándole el suplicio de la soledad.

Había pues una frustración repetida en su vida. Sin embargo -poeta al fin- puso el corazón en una torre de esperanza. Las páginas de sus estrofas son historia de una búsqueda constante. Mariposa su alma, se fue de flor en flor. Pero no supo quedar en una, aquella que hace destino y finalidad de la existencia.

Viajó a diversos climas. Vivió a orillas del mar, hizo larga etapa en Brasil, allá por el año 1914, con un cargo diplomático, estuvo en París. Conoció pues todos los incentivos que arrecian el espíritu y le dan experiencia.

¿En qué momento le visitó la flaqueza?

Escribió seis novelas, cuatro libros de versos y uno de Derecho Internacional. ¿Toda esta producción se compendió en un solo agotamiento inmisericorde? Para un escritor organizado y vigoroso es una producción raquítica, especialmente cuando hay mucho que observar, interpretar y crear. En esa expresión literaria hay diáfana y hasta cierto punto alegría. Los grandes desenlaces, el estilo de la época, no son recurso en su modo de novelar. Entonces, ¿qué pasó con Chirveches?

Arguedas lo denuncia en "La danza de las sombras": "...no ha creado hogar..." Es decir que su propia vida es un altiplano vacío y yermo. Su mundo se ha llenado de fantasía, pero no de realidades tangibles como son la mujer y los hijos. No ha creado hogar. He ahí la clave sombría en su peregrinaje por la tierra: marchar solo, caminar solo. Abrir y cerrar puertas sin la satisfacción espiritual de la despedida. Dejar la casa con una cerradura y llevarse la llave por los caminos. Ahí está la razón de su misantropía. ¿Dónde se fue la novia de Luribay? Su amigo Arguedas



anotó históricamente: "Se torció, al correr de los años y apenas transcurridos los cuarenta, esquivo, hurao, displicente, agrio".

Es claro: "¿Para quién tanto verso galante? Para el viento que es el alma del olvido... ¿Para quién tanta elegía? Para las huidizas formas humanas que apenas si rozaron su negra cabellera. Entonces, a la hora del balance, acuciado por la neurastenia, vio que su ser entero estaba en plena soledad. Como el cuerpo de Poe, repetíamos: "No ha creado hogar..."

Vio que su mundo fue el de la ficción: personajes de sus novelas, artificio ceñido a la letra de las páginas, seres a los cuales pudo negar y borrar de la memoria, como no podría hacerlo, contrariamente, con seres de carne y hueso... Porque también es cierto que en la honda introspección decidió escoger entre sus hijos intelectuales y, en esa hora terrible, vio cuáles eran buenos y cuáles malos. Es decir qué libros podían sobrevivir y qué otros morir en el olvido.

Camirante de la soledad, ¿qué puerta iba a golpear al final de la jornada? ¿Qué mano piadosa iba a darle un sorbo de agua para la sed de las infinitas angustias? Llevaba cuarenta o más años encima y no conocía la voz filial de un hijo que le acompañara por las calles, los caminos y los viajes largos. Sintió que el temerario límite le apretaba en su espinozo riendo. "Con él se extingue -dice Arguedas- el nombre de la familia" lo cual equivale a expresar que se ahogó en su propio grito y que su amor naufragó en sus propios insondables océanos. Mares para una sola barca, ciegos para una singular gaviota, ámbitos sin eco. Vichá dispar. Dolorida vida dispar.

El yermo espanta. Y si esa sabana estéril pertenece al espíritu, la tragedia es fatal. Cansa, seguramente, el tránsito sin oír una voz. Duele, inclusive, la libertad. Porque la infinita libertad es triste y constituye el patrimonio de los seres solitarios.

-¡Armando, Armando!... -Esa pudo ser la voz de la humana cooperación. Pero nadie se la dijo. Y siguió la ruta hacia la muerte, sin volcar la cabeza, pues, ¿quién iba a llamarle nunca?

Esé es Armando Chirveches en el trance terreno.

Porfirio Díaz Machicao.
La Paz, 1909 - 1981.
Escritor e historiador
En "El ateneo de los muertos" (1956)



“Las mieses del espíritu no pertenecen a nuestro tiempo”

Gustavo Medeiros Querejazu

SENCILLO Y PROFUNDO
(Nº 19 - 23.ene.1954)

Un pueblito perdido en la parda meseta castellana, a medio camino entre Ávila y Segovia. El monumento del pueblo es la iglesia. Fue construida en tiempos de Felipe II por el mismo arquitecto que diseñó el Escorial. Ha pasado ya la hora de la siesta. Los hombres, las mujeres, los niños, se reúnen en el atrio del templo para tomar el sol, sencillamente, sin preocupaciones, sin prisa ni temor. Mi acompañante recuerda la frase de Unamuno: *Lo que mejor sabe el español es tomar el sol.*

Y por cierto que este es un arte difícil. No se lo cultiva ya en las grandes ciudades, donde los rascacielos, el tráfico, la prisa, han hecho olvidar a los hombres que existe el sol, y que existe un sentido espiritual, sano de la vida: la vida sencilla.

Yo comprendo entonces, y gusto doblemente, aquella descripción de Gabriel Miró: *Tarde de sábado. El pueblo sale a tomar el sol en lanza de piedra dorada. Recibe una claridad tierna y madura; parece que se han juntado la claridad de la mañana y de la tarde, como dos mozas.*

Los hombres y las cosas tienen en el pueblo un valor peculiar, dejan de ser anónimos. Trasuntos de la vida clara, clara como el agua más pura que no tiene sabor.

Así, el viejecito que lustra su sombrero de copa o el que luce un bastón con puño de plata; el que nunca salió del pueblo y conoce su historia o el que un día corrió azarosas aventuras a mundo traviesa.

Así también las campanas mañaneras con su lenguaje colorido, suave, eufónico, en tanto que las vesperales, tocando el Ángelus, son tristes, doloridas, nostálgicas. Y las aves, y los árboles, y el surtidor de la fuente, y el lejano silbido de la locomotora que pasa rauda sin detenerse en el pueblo...

Los hombres, querido Sarrió: -ha dicho Azorín-, se afanan vanamente en sus pensamientos y en sus luchas... El error y la verdad son indiferentes. ¿Qué importa el error? ¿Qué importa la verdad? Lo que importa es la vida... Azorín calla; todo reposa en el limpio zaguán. El sol entra por uno de los cuarterones de la puerta en anchura cinta refulgente.

REFLEXIONES DE UN ANIVERSARIO
(Nº 53-54 18.sep.1954)

Ahora, por lo visto, vuelven muchos hombres a sentir la nostalgia del rebaño. Se entregan con pasión a lo que en ellos aún habla de ovejas. Ortega y Gasset resume en esta forma la socialización del hombre. Fenómeno angustioso, por cierto. Y digno de esta época en que el avasallamiento es total.

El escritor ya no necesita pensar, le basta copiar los slogans del repertorio oficial. El artista hace tiempo que ha perdido la inspiración, porque la explotación de motivos sociales no es arte. Y aun el mero intelectual, que se niega a producir para no someterse a la moda, ha perdido la inquietud del espíritu. No nos hagamos ilusiones sobre el porvenir de nuestra generación. Es posible que unos pocos sientan aún la crueldad del adocenamiento intelectual. Tener espíritu es, quizá, el último de los privilegios. Pero es un doloroso privilegio. Para los demás, la única inquietud es la nostalgia del rebaño.

El espíritu... chispa del corazón o destello de la inteligencia, es el único límite al que no puede llegar la mediocridad. Aún podemos hablar del intelectual insobornable. Mas, será siempre una intimidad sobresaltada por la angustia. Aún pueden germinar las ideas, es verdad. Pero ya no veremos su fruto. Las mieses del espíritu no pertenecen a nuestro tiempo

DEL OPTIMISMO
(Nº 56 - 09.oct.1954)

Algunos amigos me han reprochado *Reflexiones de un aniversario*, por su carencia de optimismo. Sin embargo, apenas he escrito esto: *Las mieses del espíritu no pertenecen a nuestro tiempo*. Lo que quiere decir que aún creo en la siembra de las ideas. Y creer que algo es bueno es aún posible, es un modo de ser optimista, habida cuenta de estos tiempos menguados para el espíritu...

Optimismo, dice el Espasa, es la *propensión a ver y juzgar las cosas bajo el aspecto más favorable*. Es, por tanto, una cuestión temperamental. Los humores, los nervios o la adiposidad tienen diferente influencia en el optimismo. Y este se explica: aquel robusto y sanguíneo amigo desbordaba alegría, placidez y satisfacción, al menos hasta el día en que la gota o el reumatismo fueron una secuela menos optimista de su buen humor.

En cambio, ese otro, nervioso, siempre sobresaltado por imaginarios temores, víctima de úlceras e insomnios, tenía propensión al pesimismo, Neurastenia del alma, como diría el poeta. Pero nadie como él conocía los supremos deleites del arte, las efusiones de una inteligencia capaz del mayor refinamiento o el divino élan de la creación poética.

He leído en alguna parte: *Le rire, c'est l'espoir*. Somos, en verdad, como los niños. Toda nuestra ansiedad, nuestro optimismo, se concentra en el juguete prometido. Mas el día que al fin lo poseemos, pierde todo interés. Después será el cansancio y quizá el olvido. Así también, en esta rueda sin fin que es la vida.

La esperanza, como lejana luz de una estrella, nos inquieta, nos ilusiona, nos alucina, y entonces somos optimistas. A menudo, sin embargo, nuestro horizonte se nubla, claro que momentáneamente, y entonces, caros amigos, es preciso pensar con nostalgia y sentir con un poco menos de optimismo...



Gustavo Medeiros Querejazu. Chuquisaca, 1913- La Paz, 1998. Historiador, diplomático, escritor y abogado

Los tres textos forman parte del mimeógrafo del correo cultural Peña que tuvo presencia en el ámbito generacional de Sucre entre el 19 de septiembre de 1953 y el 13 de noviembre de 1954. La colección que contiene 60 ediciones, está reunida en “*Peña, publicación de la Peña de Sucre*” (2014), edición auspiciada por la Fundación Cultural ZOFRO.